

Índice

Un libro con acento	13
Asturias, Paraíso Natural	17
«Murcia attacks»	19
¿Por qué nos putea el hombre del tiempo?	22
¿Por qué somos tan malhablados?	23
¿Por qué nos cuesta tanto emprender?	26
¿Qué son esos sitios donde la gente bebe del mismo vaso, vocea, a veces canturrea y casi nunca se pelea?	29
¿Cómo debo comportarme en un chigre?	30
Escancia, que algo queda	32
El efecto péndulo	34
¿Dispara la sidra la tensión sexual?	36
¿Por qué es tan sabio el tipo que está detrás de la barra?	38
Asturiotipos. Los mundiales	43
El combayón	43
El benditu	46
El lentu	47
El ecosexual	48

El masuñón	49
El cachondu	51
El babayu	52
El sangrín.....	53
El entendíu	55
El grandón	57
El repunante	58
El charrán	59
¿Asturias o trabajas? Mundo jubilación	63
En todas las ocasiones, en todas	
las estaciones	69
<i>Primavera, tiempo de espichas y requiebros</i>	<i>70</i>
Lagares, qué lugares.....	71
Sidroterapia	73
Semana slow	75
El campanu, rey de los ríos asturianos.....	77
<i>Verano: cuando las relaciones se estrechan.....</i>	<i>79</i>
El gen cazador.....	79
Una maleta para dos.....	82
Encuentros en la esterilla.....	83
Operación salida.....	85
El turista 10, permiso por puntos	88
Dejarlo pa prau.....	92
<i>Otoño: de castañas y animales</i>	<i>95</i>
Despedidas y devoluciones	95
Septiembre, la vuelta al cole	98
El aire de las castañas	100
La berrea	102
«Big Bear».....	104
<i>Invierno: de disfraces y recortes.....</i>	<i>106</i>
El Antroxu y otras mutaciones.....	106
Halloween a la sidra	109

Navidad, pero menos	111
El Almendro del Paraíso	114
Pactos achampanados.....	116
¿Por qué algunos se pasean mirando al crono?	119
¿Por qué nos tira tanto el TIC?	125
Los Reyes Magos maldicen en asturiano	128
Windows 7 nos cambió la vida	129
Hombre soltero busca	131
¿Por qué hemos dejado de cotillear por la ventana?... ..	134
¿Por qué nos empeñamos en tener un millón de amigos?	137
En ocasiones oigo móviles.....	139
Entre plato y plato, ciberpavo	140
¿Por qué lo llaman amor cuando quieren decir otra de oricios?	143
La pasión y la presión.....	146
¿Por qué siempre es mejor lo de fuera?	151
Tú mismo y tu localismo	154
¡Meca, los políticos! ¿Qué nos van a contar?.....	157
¿Cómo se cuece la alta política municipal?	160
Del smoking al smirting. Aceras en fiestas	163
Asturias de cine. Como Woody por su casa.....	167
Versión asturiana	170
En familia.....	175
El mi fíu	177
La mi fía.....	181

El mi home	184
La mi muyer	187
Güelitos: el sustento del Paraíso	191
En resumen	195
<i>Glosario</i>	197

Un libro con acento

Llego a un bar del centro de Madrid con intención de desayunar y digo: «Buenos días, café con leche, por favor». El barman se aproxima sonriente: «Gallego, ¿verdad?». Trato de aclararle, con un punto de sorpresa: «Me da igual la marca, gracias». Pero el tipo persiste, todo amabilidad: «Usted, digo, que usted es gallego, ¿verdad que sí?». Trato de corresponder, no sin cierta dificultad, a su tono riente y jovial: «No, no, asturiano. ¡Yo soy asturiano!». Entonces él regresa aparentando cierta contrariedad y dispuesto a regalarme los oídos para hacerse perdonar: «Ah, qué bonita Asturias, encántame: ¡la sidriña!, ¡la vaquiña!, ¡La Coruña...!». Abatido por la salva de eñes a bocajarro, me arrastro tambaleante hacia el cuarto de baño. Allí sollozo al espejito mágico: ¿Por qué he tratado de ponerme finolis para disimular mi acento?, ¿cómo es posible que en apenas una frase alguien pueda percibir que soy de Mieres?, ¿cómo es posible que alguien no sepa dónde está Mieres, que ni siquiera pueda ubicar Asturias en un mapa?, ¿tan invisibles somos? Espejito mágico, ¿hay alguien más insignificante que nosotros?, ¿¿¿cómo ye lo nuestro???

No sé, lo mismo es el fondo rural que aún perdura hasta en mi neceser de viaje, pero por más que trato de ocultar mi amplia boina mental tiendo a desatarme mirando al cielo de Madrid.

¡Coño, pero si ahí tienen una boina mayor! Claro, y encima, como no hay mar, ¡se respira peor!

Y me vengo arriba añorando el Paraíso: Asturias, esa desconocida. Y me da por pensar que si a algún productor televisivo le diera por inventar uno de esos quiz show de Ramón García sobre nuestra cultura y nuestras tradiciones quedaría el premio desierto, tal es el nivel de despiste o desconocimiento. Nos saca usted de Fernando Alonso, David Villa, los Premios Príncipe de Asturias, el «himno de los borrachos», la fabada... Y, fíjese lo que le digo, para el resto del mundo nos quedamos en nada.

A pesar de que no existimos —o quizá por eso— dicen que los asturianos no solemos caer muy mal. Somos más bien poquitos y tan periféricos que, oye, más que como una amenaza se nos percibe como peña inocua y con cierta gracia. Estereotipados como juerguistas, malhablados y dinamiteros venidos a menos, no acabamos de sacudirnos el sambenito de región atrasada que vive de subsidios y pasea por *caleyas*, esperando a Godot, que seguro que es fabricante de sidra o escanciador.

La idea es, amable lector, invitarlo a usted al Paraíso. Como ya habrá intuido, los asturianos somos —a pesar de los pesares— amantes de nuestra tierra y nos encanta que cada día más gente se acerque a ella. Venga. Lo traeré de la mano (si se deja); aunque, bueno, para ser más exactos, lo traeré de la oreja. Porque (permítame la confidencia) este libro está escrito de oído; por eso es un libro con acento, porque recoge muchas voces del *chigre* o de la calle, sin castellanizar, para que no se adultere en la transcripción nuestra forma de hablar.

Si hay algo que no comprende, no se inquiete; un glosario tratará de aclarárselo al final. Así, además de *caleyar* entre risas (eso espero) por nuestro Edén podrá realizar (por el mismo precio) un proceso acelerado de inmersión lingüística.

Ni se imagina lo duro que ha resultado batallar el acento asturiano con el corrector ortográfico de word. Si intento escribir *sidrina*, me pone sidrita; si tecleo *guaje*, me sale garaje; si quiero *prau*, me dice paro; si me entra la *fame*, salto a la fama... En fin, que uno acaba sintiendo en el fragor de la disputa esa curiosa fascinación tantas veces experimentada por los astures cuando, allende nuestras fronteras, llamamos a alguien *gochu*, comentamos que nos *presta* tomar algo o que nos *manca* el *zapatu*.

No se trata de una guía convencional (que no anda un servidor de la cabeza como para guiar a nadie); no busque en estas páginas un calculado repaso a nuestras maravillas naturales, a nuestra riqueza paisajística o gastronómica. El libro que usted tiene ahora en sus manos no contiene mapas ni planos; es básicamente un intento de abrirnos al mundo con mucho humor y sin complejos; certezas, ninguna; preguntas, muchas. Y la esencial le aseguro que me brota de muy adentro, es un misterio y por más que la repito me sale así, con acento: *¿Cómo ye lo nuestro?*

Asturias, Paraíso Natural

Bellas playas, bosques bien conservados, hermosas montañas, parajes alucinantes como (por no apabullarlo a usted de entrada y poner sólo algún ejemplo) la ruta del Cares y los Picos de Europa, el bosque de Muniellos o los lagos de Covadonga... La enorme riqueza natural de nuestra comunidad nos hace sentirnos tremendamente orgullosos.

Hace años (mucho antes de la puñetera crisis) lo revelaba una encuesta: nueve de cada diez asturianos somos felices. Calidad de vida, no sé cómo decirle. Aquí salir al monte es tocar el cielo. Un *prau guapu* y una de sidra, y estamos como Dios. A la tercera *botellina* cerramos los ojos y hablamos directamente con él.

—O sea, que todo genial, ¿no?

—¡Sí, Señor! ¡Tú tranquilo!

—No obstante, si necesitáis algo...

—¿Algo de qué?

—Más trabajo...

—¿Trabayu? ¿Pa qué?

—Ah, no sé. Yo...

—¡Tú tranquilo, ho!

No están los tiempos para andar distraendo al altísimo, el carácter asturiano tiene una vertiente de mucho

respeto hacia el que está por encima (aunque en pleno mosqueo somos muy dados a invocarlo y bajarlo a ras de suelo).

—¿Y algo más?, ¿viviendas, inversiones, algo de sostenibilidad...?

—Nada.

—¿... Otros líderes sociales, políticos...?

—Nada, nada.

—¿Nuevas consejerías, museos, parking subterráneos...?

—Tranquilu, Dios, arreglámonos bien.

—¿Y más vuelos a Madrid?

—Ná, deja, no somos de mucho salir.

—Oye, y lo del AVE...

—No hay prisa.

—¿Y alguna voz crítica?

—¿Pa qué, pa jaleos? ¡Quita, quita!

—¿Más museos, casas de aldea, paseos del colesterol...?

—Que no.

—¿... Alguna pieza para el coche de Alonso?

—Ni falta.

—¿... Un goleador en el mercado de invierno?

—Vamos sobraos, ¡cagonrós!

La sidra asturiana es lo que tiene, amigo. Te ilumina el Paraíso, te hace retozar en el verde y te lo repinta de color de rosa, acrecienta el grandonismo astur que uno lleva dentro y te deja tumbado y sonriente, lloviendo chistes del cielo.

—Bueno, hala, ¡a mí!

—¿Cómo?

—Que a mí, hombre. ¡Adiós, adiós!

—Ah, claro, ja, ja, qué cachondu. ¡Adiós!

«Murcia attacks»

En ésas estábamos, blandiendo picha arriba la marca «Asturias, Paraíso Natural», con el diseño de los arcos de Santa María del Naranco que dejan entrever una imagen que ofrece mar azul, montañas verdes y sol radiante; ofreciéndonos como destino turístico, a punto de sacar al oso Yogui a corretear por nuestro eslogan para reafirmar que somos únicos, irrepetibles, que como aquí en ninguna parte, cuando de pronto —¡horror!— a la comunidad murciana le da por utilizar el término «Paraíso Natural».

¡Vaya lío, amigo! No sé si usted recordará el amargo y lamentable incidente institucional, el «mal rollito» político «entre comunidades», pero le aseguro que la ciudadanía del Principado vivió unos días convulsos, de profunda consternación. Sin ir más lejos, a nuestro íntimo amigo Adán Algarra le faltó tiempo para agarrar el teléfono dispuesto a romper relaciones con su familia de Calasparra.

—Pero ¿con todos, Adanín?

—Sí, sí. Y con la tía Paca también. Hala, ¡a la mierda, por copiones!

—Pero ¿cómo te pones así por un lema de nada?

—Ye más que un lema, Fulgencio, ye una seña de identidad.

—Pero, pijo, ¿de verdad tenéis tanto malestar?

Al bueno de Adán (tan habituado a departir con el altísimo) le costaba describir la desolación de sus convecinos, cómo la gente se sentía aturdida, humillada, destrozada al levantarse un buen día y descubrir su eslogan tan gastado.

—Y Eva, ¿qué dice?

—Ta llorando en la cocina, la probe. No pegamos ojo por culpa del chiquillo.

—¿Por?

—Despertó a las tres de la mañana empapau en sudor: ¡Papi, los murcianos!, ¡que vienen los murcianos!

El drama entre primos carnales estaba a punto de estallar. Adán aún tenía en su retina el efecto letal de la invasión.

—¡Envidiosos! ¿Qué será lo próximo?, ¿robarnos las pegatinas?

Y, claro, se destapó la caja de los truenos familiar.

—Oye, Adán, yo no quiero menoscabar tu imagen.

—Tú menos cavar, cualquier cosa, cabrón. Siempre fuiste un vagu.

—¿Vago? ¿Yo?

—Sí. Marchaste pa trabayar la huerta murciana y tas viviendo de la tu hermana.

—Peor es lo tuyo: ¡en el paro y preocupándote de memeces!

—¡El Paraíso no se toca, sinvergüenzas!

—¿Qué chorradas dices?

—¡Esto ye alta política! Casi prefiero que me cierren un astillero a que me pisen el logotipo. Tamos construyendo Asturias, ¿me explico?

Adán, desesperado, llamó a su primo «pimentonero usurpador», le negó que viviera donde vive el sol y se burló de Murcia porque allí —afirmó— hasta el mar es menor.

—Entonces ¿ya no te mando el arroz de Calasparra?

—No. Os vamos a borrar del mapa, Fulgencio. Vamos quitavos hasta la gala.

—¿Qué gala?

—La de la tele. Vamos facer con Juncal Rivero ¡*Mieres, qué hermosa eres!*

—No seréis capaces... Me has hecho llorar, basta, ¡no puedo más!

—¿Ves? A que jode, ¿eh?

Los sollozos del primo no ablandaron lo más mínimo a Adán Algarra. Ni corto ni perezoso, espetó al pariente que como tuviera el valor de acercarse a Asturias en Navidad le metería un taco de trípticos por el culo; más que nada, para que tuviera claro dónde está el auténtico paraíso.

—¡Ay, Adanín, de eso habría mucho que hablar...!

—Yo paso, que soy de Movistar. Pero una cosa te digo, Fulgencio.

—¿Qué?

—¡Asturias, Paraíso Natural! ¡Oviedo es música! Y ¡Gijón, ciudad de sensaciones!

—¿Sí, primo? Pues manda cojones...

Por fortuna los ánimos se calmaron lo suficiente como para dar paso a una serena reflexión bíblica.

—Vale. Podéis tener: Adán, Eva, la huerta y la serpiente. Pero ¿la manzana?

—¿Qué?

—¿Ónde viste un Paraíso sin manzana, Fulgencio?

—Hombre...

—¡La manzana tenemosla nosotros!, ¡tien que ser asturiana!

—A ver...

—En Murcia, ¿cuál ye el fruto prohibido?, ¿un calabacín?

—Por ejemplo.

—Sí, claro. Llega Dios y dice: Adán, Eva, el Paraíso es vuestro, pero no os comáis el calabacín.

—Bueno, oye...

—¡Que eso no haz falta ni decilo, Fulgencio! ¿Quién coño se lo iba a comer? Y más así, crudo, que no habían descubierto el fuego ni nada, los probes...

Y así, más o menos, fue como los asturianos defendimos el mítico lema de nuestro jardín celestial.

¿Por qué nos putea el hombre del tiempo?

¿Qué hemos hecho a los meteorólogos para que nos hagan el vacío?, ¿por qué pasean los dedos y los punteros por nuestro *cachín* de mapa sin nombrarnos?, ¿de qué se ríen cuando realizan esa cabriola manual «entre Cantabria y el País Vasco»? ¿por qué siempre —especialmente si piensan que hará bueno— nos ningunean metiéndonos en el lote de «la mitad norte», «el área cantábrica» o «algunas zonas del Cantábrico»?

¿Hay un trocito de mapa invisible?, ¿el Meteosat es un furibundo antioviadista?, ¿tan accidentada resulta nuestra orografía que provoca amnesia?, ¿es más difícil pronunciar Asturias que el Pirineo, oeste de Navarra, provincia de Badajoz o el mismo centro de Castilla y León? No. ¿Verdad que no? ¡Por supuesto que no!



Y la prueba está en que, no me diga por qué, pero después de ignorarnos y pasar olímpicamente de nombrarnos durante casi todos los días del año, justo cuando están a punto de empezar las vacaciones de Semana Santa, el puente de mayo o el inicio de verano, justito ese día (para entrañable regocijo de nuestra hostelería) va la tipa o el tipo, mira a cámara sonriente y suelta aquello de: «Se prevén fuertes aguaceros y abundantes precipitaciones en el Principado de Asturias».

¡Venga ya! Ganas de putear...

¿Por qué somos tan malhablados?

Hágame caso: ni somos el Principado del chubasco, ni andamos por la calle profiriendo todo el rato palabras malsonantes. Aunque he de reconocer que a los nativos de la cuenca minera nos cuesta bastante definir malsonante.

A un servidor, que ha crecido expresivamente entre el exabrupto y la imprecación, le sorprende que alguien pueda sentirse molesto, por ejemplo, con el chiste de la prueba de regatas. Ya sabe: la gente en el puente viendo pasar las embarcaciones por debajo y gritando: «¡Cabrones, hijos de puta!». La mayoría de los regatistas miran hacia arriba extrañados y siguen, hasta que pasan unos que responden: «¡Tu puta madre!». Entonces los de arriba rompen a aplaudir eufóricos: «¡Éstos son, éstos son! ¡Asturiaaaas, Asturiaaaas! ¡A la bin, a la ban, a la bin bon ban, Asturias, Asturias y nadie más!».

Si ha logrado superar sin sonrojarse el inocente chascarrillo fluvial, pruebe ahora con este poético diálogo extraído de mi más tierna infancia, que para algo nos sirve a los actores la memoria emocional.

—¿Qué tal, hijoputa?

—Duelme la cabeza, cagonmimadre.

—Vaya por Dios. ¿Y el cabrón del tu hermanu?

—Vien ahora. Diz que va matate a hostias, ¡por perrón!

No sé si usted se imagina que los protagonistas acabarían a puñetazos. En ese caso siento decepcionarle porque lo que vendría a continuación, en clave de afectuosa hermandad, son unas botellas de sidra en el *chigre* de la localidad.

Entiendo —por supuesto— que ciertas expresiones puedan causar estupor en visitantes primerizos o en almas nobles y sensibles como usted mismo, amable lector. Pero le aseguro (puedo dar fe) que no lo hacemos por ofender. En absoluto. Ni por vacilar, ojo. A ver, quiero decir, si un servidor usara nuestra peculiar riqueza léxica para hacer ostentación quizá podría haber titulado este libro: «Asturias, donde los hombres se cagan en sus madres» (como, por cierto, me sugirió un buen amigo intuyendo superventas con gran campaña por la polémica en prensa de toda España).

Al contrario. Trabajo nos cuesta, fíjese, relacionarnos con el resto del mundo cuando sacamos a pasear este endiablado registro verbal. El Tribunal General de la UE, sin ir más lejos, ha rechazado hace apenas unos meses registrar una marca para designar orujos y aguardientes asturianos que incluye las expresiones «¡Qué buenu ye!» e «Hijoputa» por considerar que esta última palabra se percibe como injuriosa y ofensiva y, por tanto, «contraria a las buenas costumbres en una parte de la Unión Europea».

¿No tenemos buenas costumbres? Vale. De acuerdo. Pero, oye, tenemos «Hijoputas» a seis euros que, tal y como anda el mercado, tampoco está tan mal. Y usted se preguntará: ¿por qué hacéis licores injuriosos?, ¿por qué decís palabrotas? Yo le contesto: para aliviar el dolor.

No, no tengo base científica. En realidad no tengo base para nada, voy sin cimiento por la vida, pero ésa es otra cuestión. Que las palabrotas son analgésicos lo deduzco cuando miro alrededor: asturianos convocados a las urnas tres veces en diez meses, asturianos soportando aislamiento permanente, retrasos intolerables en sus comunicaciones e infraestructuras y con cien mil parados dejados de la mano de Dios... Como usted comprenderá, cada informativo regional aumenta el estrés emocional. Entonces el taco —que quizá tradicionalmente ha venido marcado por el macho voceras— se amplifica y se vuelve más agudo, unisex.

—¡Putaque los parióóó!

—Ay, Conchita, ¿cómo dices esas oscenidades?

—Ye curativo, Finina, ¡pa prevenir enfermedades!

Mas allá de recortes y mamoneos, por estos lares estamos bien acostumbrados a manejar el arte de sufrir. La costumbre, ya sabe. Uno acaba interpretándolo como algo natural y eso, quieras que no, da mucha serenidad. ¿Budismo? No, no, sportinguismo. Tampoco hace falta estudiar en La Sorbona, basta ver al Sporting de Gijón desde *La Tribunona* (lo que viene siendo «trabajo de campo») para comprender la llamada terapia de aceptación: si se sabe sufrir, se sufre menos. A balón parado, en jugada, en la estrategia... El añorado míster Manolo Preciado nos dejó —aparte de numerosas muestras de su gran categoría humana— muchísimas perlas en el Principado: «Este equipo está hecho para sufrir». Y efectivamente, habituados a vivir al límite, sólo pudimos curarnos del sufrimiento experimentándolo por completo.

Asturias, ya le digo, libera tensiones con palabras malsonantes. Aunque (insisto, con perdón) a mí no me suenan tan mal. Cada vez es más complicado morderse la lengua, se me ocurren muchas cosas peores, no sé, de alguna manera habrá que desahogarse, ¿no? Hay quien recomienda

cajitas de antidepresivos para hacer frente a los bajones psicológicos, pero con el copago sanitario a la vuelta de la esquina y en plena escasez de medicamentos en el Principado tiramos de *cagamentos*, nuestro analgésico natural. Aún tengo en la retina el estallido de un vecino de asiento ante el virtuosismo insultante de un genio de la pelota que se pasó por aquí.

—¡Messi, enano, gochu, joputa, cabrón!

—Pero ¿por qué le dices eso, tío?

—No sé, algo habrá que hacer, ¿no?

¿Por qué nos cuesta tanto emprender?

—Ni llegas al morning meeting, ni aportas nothing al brainstorming.

—¿Cómo ye ho?

En Asturias se integran mejor los extranjeros que los extranjerismos, somos más de rotondas que de giros lingüísticos. Hay más panceta que beicon, más negocio que business, y demasiado sentimiento para tan poquito feeling.

—Antuña, tienes un handicap pero muy heavy.

—¿Por?

—No chapurreas english y vas acabar mexando out door.

—¿Cómo ye ho?

Apostamos por el conocimiento, sí, pero despacín, eh. Nos cuesta procesar ciertos cambios en el ámbito empresarial. Casi preferimos escalar el Angliru que plegarnos a la escalada de anglicismos.

—Antuña, tú no yes jefe de producto.

—¿Cómo que no?

—¡Tú yes Product Manager, cojones!

—¿Cómo ye ho?

Quizá no seamos muy virtuosos en el manejo de la lengua de Cervantes, pero nos cuesta sustituir mercados, objetivos, entradas, diapositivas y patrocinadores por markets, targets, inputs, slides y sponsors.

—Antuña, yes un morning-singer de three to the quarter.

—¿Qué ho?

Si el negocio va bien, y nos da para ir tirando, ¿para qué expandir la actividad?, ¿para complicarnos la vida? Si vendemos sidra, empanada y *bollos preñaos*, ¿para qué vamos a ampliar la terraza y poner una música guapa?, ¿qué queremos?, ¿que se nos llene esto de gente? A ver, que luego hay que hablar con ellos.

—¿Tienen ketchup para el hot dog?

—Mire, si empezamos tan temprano a andar tocando los cojones...

¿Podríamos ser más productivos? Seguramente. ¿Tener más iniciativa, más capacidad de emprender? Pues igual sí, oye. Pero un paisano *ye* un paisano (aunque en casa mande la *muyer*), a ver si me entiende. Y aquí despachamos bizcochos, no plumcake, y dejamos al *fíu* con una chavala para no andar gastando en babysitter. Somos amigos del trabajo pero sobre todo de llamar a las cosas por su nombre.

—¿Hacemos un coffee break, Antuña?

—Usté haga lo que quiera, jefe. Yo voi un minutu al chigre.

Una cosa es el progreso y otra, el fantasmeo. Cambiar la muda, ponerse traje y corbata sí, pero de tirarse el rollo para parecer más importantes nada. Lo nuestro si se vende es por sí solo, por su valía, porque somos la caña, *ye lo que hai*. Aquí no hay más marketing que el boca oreja. Tonterías, las justas.

—¿Cómo llevas el outsourcing?

—Faltosón yes, Luis José.

Innovar sí, pero que no nos mareen con tanta palabrería. ¿Para qué importar vocablos que sustituyan a palabras existentes? Evoluciona el idioma, vale, pero necesitamos tiempo. Hay que pintar la empresa, retocar el mostrador, cambiar la pizarra del *chigre*...

—¿Empezaste ya la obra, Genaro?

—¡Qué va! Tovía nun me vagó...

Tiempo, sí. Precisamos un ponerse, un *¡bai que hablalo!* para la innovación. Y ustedes háblennos con propiedad, hagan el favor. Si encima de lo que nos cuesta sacarnos partido, olvidarnos de la cultura de la subvención, salir de los vagones de cola y engancharnos a la modernidad, nos cambian las cosas de nombre y se ponen a enredar... Que no queremos préstamos léxicos, hombre, queremos préstamos de los otros. Para retorcer la lengua ya nos bastamos nosotros.

—Antuña, to every pig arrives its San Martín.

—¿Qué ho?

—A todo gochín le llega su San Martín.

¿Quién ha dicho que el asturiano no es emprendedor? Lo que pasa es que vamos a nuestro ritmo, oye. Y llamando a las cosas como son. Of course.